

glorioso Apóstol Santiago (Madrid, 1615). Cf. Hendrick [1960:76 y *passim*]. Otros estudios de la tradición jacobea en II, 58, 1197, n. 18°. § Para la interpretación del pensamiento religioso, A. Castro [1925/87] y, por lo que refiere a sus posibles antecedentes, Morreale [1961]; para lo referente a los falsos cronicones, Moner [1991a; 1994]. Sobre el concepto y manifestaciones de religiosidad popular, aducido en son de crítica somera por A. Castro, pueden verse ahora los estudios ocasionados por el examen del censo mandado hacer en 1582 por Felipe II en Redondo [1986]. § Para los *realia*, cuanto a la confección de retablos, y el término controvertido *entablado*, habría que investigar ulteriormente los tratados sobre las artes figurativas y los ensayos sobre *realia* como el de Sáenz de la Calzada Gorostiza [1956]; pero ahora nos valemos de la *Introducción* de Martínez. § Sobre el episodio del riel, Tamayo [1948], Poggioli [1975] y Matas Caballero [2008]. § Para el encierro de los toros y posterior tropel, Cossío [1931], Casaldueño [1949:350-351], Predmore [1958:41-47], Murillo [1988:231-232]. Garrote Blanco [1996], Hathaway [1997:73], Alberto Rodríguez [1998], Godoy Galán [1999], Alonso Asenjo [2000], Gómez Canseco [2000], Martín Jiménez [2000; 2001], Mazzochi [2000], Canavaggio [2001b] y Moner [2001]. § El talán [1966-1967], Descouzis [1973:150-152], F. López [1988:240-241], L. de [1991b:37-38]. § Sobre las imágenes también puede verse Allen [1979:1, 63-66]. § De la fingida Arcadia se ocupan Fleckniakoska [1959-1960], Ayala [1971:601-602], Percas de Ponseti [1975:II, 385-386], T.R. Ho [1989:88-91], Close [1990c:86-87], Chevalier [1991b:105-106], López [1994:199-200] y K. Reichenberger [2010]. Cf. también Trueblood [1959/86:50-51]. § Riley [1986/90:100] niega la entidad de episodio intercalado al de la falsa Arcadia. § Otras referencias: BQ, II-21 {k}, II-23, II-24, II-25.

CAPÍTULO LIX. *Donde se cuenta del extraordinario suceso, que se pudo tener por aventura, que le sucedió a don Quijote.* § Tras la desgracia brevemenada con los toros, amo y escudero hacen un alto en su camino a Zaragoza para aliviar el hambre en el marco de un perfecto *cus amoenus*. Un Sancho comedido en su apetito y un DQ preocupado por el desencantamiento de Dulcinea que por la pizca terminan por echarse a dormir. Al poco, despiertan del sueño avistan, como en otro sueño, una venta, que el caballero reconoce como tal. C. convirtió las tres ventas de 1615 en teatro para su tienda literaria con Alonso Fernández de Avellaneda y su *Segunda tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En la primera, confunde el teatrillo de maese Pedro con la realidad (II, 25-26), confundiendo al apócrifo en la misma confusión teatral; en la tercera encuentran con don Álvaro Tarfe, que llega desde la historia apócrifa

de II, 72); y en esta, DQ se da de bruces con el otro Q. en forma de libro.

En realidad, el falaz ventero ya había hecho un guiño a los lectores ofreciendo dos uñas de vaca que citan expresamente un pasaje de Avellaneda. Pero es sólo en el momento en que DQ escucha hablar a los caballeros, que se dicen lectores de la Primera parte y que leen este nuevo libro en el que el caballero se presenta sin amores, cuando se hace patente la existencia del apócrifo. DQ interviene en una de las escenas más intensas y emocionantes reafirmando su amor por Dulcinea y, de repente, el protagonista de una obra de ficción irrumpe en la vida real de dos de sus lectores, don Jerónimo y don Juan, que lo reconocen de inmediato: «Vos, señor, sois el escudero don Quijote de la Mancha». La pared que separa los apócrifos de DQ y de los dos caballeros divide también la vida y la literatura, aunque aquí termine por romperse. DQ, personaje de una ficción que nunca quiso hojear pese a tenerla delante, toma entre las manos la continuación espuria, impresa en 1614, para censurar la agresividad del prólogo, el lenguaje aragonés y la confusión en el nombre de la mujer de Sancho, aun cuando, en última instancia, proviniese del mismo C.

Parte de la crítica cervantina ha considerado que todas las intervenciones realizadas por C. tras la lectura de Avellaneda comienzan en este momento. No obstante, tenemos indicios suficientes para afirmar que también se reescribieron un buen número de pasajes y episodios anteriores a este capítulo 59. Aun así, es cierto que, a partir de aquí, el apócrifo se convierte en eje de la trama. Para empezar, DQ decide abandonar su destino zaragozano y dirigirse a Barcelona, siguiendo el consejo de don Jerónimo. Esto implica el nacimiento de una nueva trama y hasta de una nueva narración, marcada por la voluntad de los protagonistas, que se esforzarán en poner distancia con sus dobles. De hecho, quedan ya apuntadas en este capítulo no sólo la ilegitimidad de Avellaneda como autor, sino también la posibilidad de que los impostores compartan geografía con los personajes verdaderos, como apunta el escudero: «el Sancho y el don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso el Hamete Benengeli, que somos nosotros». Y es que Avellaneda adulterado grave y sistemáticamente los personajes ideados por C. haciendo de DQ un loco desenamorado, descreído y soberbio, y de Sancho un villano zafio, glotón y codicioso.

En adelante y más allá de cualquier precepto de verosimilitud, DQ se topando con lectores y noticias del Q. apócrifo, hasta que, en el capítulo 72, don Álvaro Tarfe salte desde sus páginas a las de C. para



desmentir a su propio autor y otorgar carta de autenticidad a los personajes cervantinos. El libro de Avellaneda obligó a C. a realizar una profunda revisión de su propia obra, pero, al tiempo, le ofreció la oportunidad de ahondar en las relaciones entre vida y literatura, dibujando los límites entre lo real y lo ficticio en un ejercicio narrativo completamente nuevo y decisivo para la historia de toda la narrativa posterior. LUIS GÓMEZ CANSECO

Para un análisis del capítulo en diversos aspectos, Marín [1978 y 1979], Riley [1988], Navarro Durán [2004a], Gómez Canseco [2006], Madroñal Dueñas [2008], Layna Ranz [2010a], Montgomery [2010], Close [2011]. § Sobre la venta como espacio literario, Joly [1982] y Oleza [2007]. § Sobre la conexión entre vida y literatura, Segre [1974/76:185-218]. § Sobre la identidad de Avellaneda, Navarro Durán [2005] y Gómez Canseco [2014]. § Sobre la influencia de Avellaneda en la Segunda parte Gilman [1951], Riley [1962/1986/90; 1988b], Marín [1974; 1981a; 1981b], Romero Muñoz [1990; 1991], Montero Reguera [1997:137-142], Gómez Canseco [2006, 2008 y 2014], Barros Campos [2004]. § Sobre el lenguaje de Avellaneda, García Salas [1977], Frago [2005a y b], Gervers y Navarro [2005] y Blasco [2005]. § Riley [1986/90:159]; Calabrò [1987], Molho [1991a:41-45], Joly [1982/86:11548] y Russell [1985:66-68]. § Otras referencias: BQ, II-25, II-26, II-32.

CAPÍTULO LX. *De lo que sucedió a don Quijote yendo a Barcelona.* § En el capítulo anterior nos ha quedado grabada la imagen de DQ encorcelizado ante unos comentarios a propósito del libro de Avellaneda, cuyos dislates o falsedades indignan a nuestro caballero, que, para desmentir al apócrifo, decide ir a Barcelona, y no, como todos esperábamos, a las justas de Zaragoza. Si la determinación, seguridad y firmeza en la decisión del hidalgo manchego muestran asimismo su enfado y la intención de C., páginas más adelante acabamos confirmando mandándolo al percatarnos de que en realidad no ha habido avenencia hasta la llegada a Cataluña. El hecho, en definitiva, es de gran importancia, pues anuncia y propicia la última fase de la novela, muy distinta de las otras. A partir de estos capítulos el libro adquiere un nuevo sesgo, muy acusado en la trama de la novela: no sólo nos coloca, como veremos, ante un problema español que a todos preocupaba, sino que además aparecen un dramatismo y un espíritu de aventura hasta entonces totalmente ausentes de las dos partes del Q.

En tierras catalanas, DQ hace una incursión en la historia de su tiempo, o, como dice C., presencia cosas que «tienen más de lo verdadero que de lo discreto». Hasta ahora, todos los personajes que han

aparecido eran imaginarios y producto de la fantasía y el arte del autor; Roque Guinart, en cambio, es un personaje rigurosamente histórico y contemporáneo, tanto de los sucesos que se narran en el Q. como del momento en que se está escribiendo la Segunda parte (II, 60, 1222, n. 15). Es un hecho insólito en el libro, pero la extrañeza del lector no pasa ahí, porque, además, se le ofrece una visión extraordinariamente creíble del bandolero catalán: su lado más legendario, caballeresco y heroico, acorde con la sublimada imagen del bandolerismo que recorren la literatura española contemporánea, especialmente el teatro y algunas manifestaciones de la prosa de ficción (II, 60, 1221, n. 15). Aparte de la recreación artística, no deja de ser chocante dibujar con tal precisión a un grupo social que, además de sus delitos, se suponía que mantenía relaciones con los hugonotes franceses. Ello daba a este fenómeno, derivado en parte de luchas feudales, un actualísimo matiz político, definido por la lucha entre dos bandos: *nyerros* y *cadells* (II, 60, 1221, n. 31). Se nos muestra no sólo una realidad, sino unos hechos que trascendían el fenómeno del bandolerismo. Y más aún, se nos muestra un mal endémico en Cataluña, consecuencia de la crisis en el mundo rural y de determinadas circunstancias políticas, sociales e incluso religiosas, ante las que poco podían hacer los virreyes.

La trascendencia de estas páginas del Q. no acaba ahí. A poco del encuentro de nuestros héroes con el bandolero catalán, el lector es sorprendido por la brusca irrupción de la joven Claudia Jerónima (II, 60, 1223, n. 29°), y con ella, le sobrecogerá la primera sangre que aparece en el libro; sangre real, no como la de Basilio, que era «inventada». Poco después, cuando la cuadrilla de bandidos se reparte el botín de una presa, uno de los bandoleros opina que Roque Guinart ha sido muy equitativo; tan grave acusación le cuesta la vida: se trata de una muerte violenta, y a muy poco trecho de la primera. En ambos incidentes se plantean dos importantes cuestiones, que a su vez están significativamente ligadas al discurso que muchos capítulos del Q. pronunció sobre la Edad de Oro.

Por una parte, el episodio de la segunda muerte ha sido interpretado por los estudiosos como una parodia del sistema legal al uso, que se había bienen en «esta nuestra edad de hierro donde [el dinero] tan pronto mata como cura», opuesta a aquel tiempo en que no había «tuyo y mío». Pero también meter baza en un tema que había preocupado ya desde Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, V), pasando por el pensamiento escolástico, desde Santo Tomás de Aquino a Hobbes, y por los mayores humanistas, como Juan Luis Vives (*De subventionem pauperum*) o Tomás Moro (*Utopía*, I), y que en nuestras letras dejó diversos testimonios, desde la *Utopía* de Morena, *El gran teatro del mundo*, vv. 375-378) y rebrotó en las di-

MIGUEL DE CERVANTES

CENTRO PARA LA EDICIÓN  
DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES  
**DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA**

EDICIÓN DEL  
INSTITUTO CERVANTES  
(1605, 1615, 2015)

DIRIGIDA POR  
FRANCISCO RICO

*con la colaboración de*  
JOAQUÍN FORRADELLAS,  
GONZALO PONTÓN  
*y el*  
CENTRO PARA LA EDICIÓN  
DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES

VOLUMEN COMPLEMENTARIO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
MADRID  
MMXV



CON EL PATROCINIO DE

 Obra Social "la Caixa"